

P02369

F78



ACERVO DE LITERATURA

115976

FEDERICO Y BERNERETA

I

Hacia los últimos años de la Restauración, un joven llamado Federico Humbert llegó a París para estudiar jurisprudencia. Su familia no era rica y no le procuraba más que una pensión módica, pero como el muchacho era metódico, le bastaba con poca cosa. Hospedóse en el barrio Latino, con objeto de estar cerca de la Sorbona, y sus aficiones y temperamento eran tan sedentarios, que apenas si visitó los paseos, las plazas y monumentos, que constituyen en París la curiosidad de los extranjeros. El trato de algunos jóvenes, con los cuales tuvo muy luego ocasión de reunirse en la Escuela de Derecho y en algunos hogares, que le franquearon unas cuantas cartas de recomendación, eran sus únicas distracciones. Con sus padres sostenía una correspondencia periódica, anunciándoles el resultado fausto de sus exámenes a medida que iba verificándolos. Luego de haber

trabajado asiduamente tres años consecutivos, vió llegar por fin el momento de licenciarse de abogado; faltábale solo la lectura del discurso y se había ya señalado la época de su regreso á Besançon, cuando una circunstancia imprevista vino á perturbar su reposo por algún tiempo.

Vivía en la calle de la Harpe, en el piso tercero, y tenía flores en su ventana, de las cuales cuidaba especialmente. Regándolas una mañana divisó en una ventana, frente á la suya, á una joven que al verle se echó á reír; contemplábale tan alegre y francamente que él se decidió á saludarla, inclinando la cabeza. Ella le devolvió el saludo con mucha gentileza, y desde aquel momento se acostumbraron á darse todas las mañanas los «buenos días», de una ventana á la otra. Un día en que Federico se había levantado más temprano que de costumbre, después de saludar á su vecina cogió una hoja de papel, que dobló en forma de carta, y luego se la enseñó á la joven, preguntándola de este modo si podría escribirla, pero ella movió la cabeza haciendo un signo negativo, y se retiró contrariada.

La casualidad hizo que al día siguiente se encontrasen en la calle. La señorita volvía á su casa en compañía de un joven, á quien Federico desconocía, y á quien no recordaba haber visto entre los estudiantes. En el continente y atavíos, Federico juzgó que su vecina debía

ser lo que en París se llama una griseta. El acompañante, á juzgar por su edad, no podía ser otra cosa que un hermano ó un amante, y más bien semejaba lo segundo que lo primero. Federico resolvió no insistir más en esta aventura. Los primeros fríos habían llegado: quitó las flores del lugar que ocuparon en su ventana, pero á pesar suyo miraba siempre fuera de cuando en cuando; acercó á la ventana la mesa en que trabajaba y dispuso los visillos de manera que pudiera acechar sin ser visto.

La vecina, por su parte, ya no se dejó ver por las mañanas. Asomábase alguna vez á las cinco de la tarde para cerrar las persianas después de haber encendido la lámpara. Federico se arriesgó un día á enviarla un beso y se sorprendió al ver que ella se lo devolvía con igual contento que en los primeros saludos; cogió de nuevo el trozo de papel que había dejado plegado en su mesa, y explicándose por señas lo mejor que pudo, solicitó que le escribiese ó que acogiera su misiva. Pero la respuesta no fué más grata que la vez primera: la griseta volvió á sacudir la cabeza é hizo lo mismo durante ocho días consecutivos. Los besos eran bien acogidos, pero había que renunciar á las cartas.

Despechado Federico, al cabo de una semana de experimentar sin interrupción el mismo desaire, desgarró el papel ante su vecina, quien rió de ello al principio, permaneció indecisa

unos instantes, y luego sacó del bolsillo de su delantal una carta, que mostró á su vez al estudiante; el lector comprenderá que éste no movió la cabeza. Como no podía hablar, escribió en letras grandes en una hoja de dibujo, que lo era también, estas dos palabras: «Os adoro». La hermosa griseta, provista de unos lentes, pudo leer la primera declaración de su amante. A la cual contestó con una sonrisa, indicando de paso á Federico que bajara á la calle para entregarle la carta que le había enseñado.

El tiempo era lóbrego y la niebla espesa. El joven bajó deprisa, atravesó la calle y entró en el portal de su vecina; la puerta estaba abierta y la señorita al pie de la escalera. Federico la abrazó y la besó antes de hablarla y ella escapó temblorosa.

—¿Qué me habéis escrito?—preguntó:—¿cuándo y cómo puedo volver á veros?

Ella se detuvo, volvió sobre sus pasos, y deslizando su cartita en la mano de Federico:

—Tomad—le dijo,—y no durmáis otra vez fuera de casa.

En efecto, aconteció al estudiante poco había, el pasar una noche fuera de su domicilio, y la griseta lo echó de ver.

Cuando dos enamorados están de acuerdo, los obstáculos pesan por adarmes. La carta entregada á Federico recomendaba las más grandes precauciones; hablaba de peligros amenaza-

dores é interrogaba dónde había que ir para verse. No había que pensar en la habitación del estudiante y precisaba buscar un cuartito en los alrededores. El barrio latino los tiene abundantes, y la primera cita se había fijado cuando Federico recibió la siguiente carta:

«Me decís que me adoráis, y no me decís si os parezco bonita. No me habéis visto bien: para poder quererme, menester es que me veáis mejor. Voy á salir con mi criada, salid también vos y nos encontraremos en la calle. Os dirigiréis á mí como si fuese una conocida, me diréis algunas palabras y durante este tiempo podréis contemplarme con detenimiento. Si no os parezco bonita me lo diréis y no me enfadaré por ello. La cosa es sencilla y además yo soy una buena muchacha.

Mil besos.

Bernereta.»

Obedeció Federico las órdenes de su amada, y no tengo para qué decir que la prueba fué excelente. Bernereta, sin embargo, con refinada coquetería, en vez de adornarse con todas sus galas para la entrevista, presentóse al desgaire, con los cabellos de cualquier modo cubiertos por el sombrero. Saludóla respetuosamente el estudiante, la repitió que la encontraba más hermosa que nunca, y luego volvió á su casa encantado con su nueva conquista; pero

le pareció mucho más linda al día siguiente, cuando compareció á la entrevista y vió que la joven podía prescindir no ya solamente de adornos, sino también de toda suerte de composturas, hasta de la más insignificante.

II

Federico y Bernereta se habían consagrado al amor casi antes de haber cambiado una sola palabra, y ya se tuteaban á las primeras que se dirigieron. Abrazados estrechamente se sentaron cerca de la chimenea, donde ardía un fuego bienhechor. Allí, Bernereta, apoyándose en las rodillas de su amante, con las mejillas encendidas por el placer, le mostró quién era ella. Había sido comedianta en provincias, llamábase Luisa Durand, y Bernereta era su nombre de combate. Dos años hacía que la acompañaba un joven, á quien no amaba, y deseaba á todo trance desprenderse de él, variando de manera de vivir ya entrando en el teatro, si encontraba apoyo para ello, ya aprendiendo un oficio. Nada decía de su familia ni de su pasado. Anunciaba solamente su resolución de romper los lazos que la ataban y que más no podía soportar. Federico no quiso engañarla; pintó sinceramente la situación en que se encontraba, y como no era rico y conocía poco el mundo, sólo podía procurarla un apoyo insignificante.

—Como no puedo sostenerte —añadió,—no quiero bajo ningún pretexto ser la causa de una ruptura; mas como sería para mí cruentísimo compartírte con otro hombre, te dejaré con harto sentimiento y guardaré en mi corazón el recuerdo de un día feliz.

Ante declaración tan inesperada, Bernereta se echó llorar. ¿Por qué alejarnos?—le dijo.—Si yo riño con mi amante, tuya no será la culpa, puesta que hace mucho tiempo que así lo tengo decidido. Si yo entro en una camisería para aprender el oficio, ¿tú no me seguirás queriendo?

Es un fastidio que no seas rico; pero, ¿qué quieres? haremos lo que podamos.

Iba Federico á rectificar, cuando un beso le impuso silencio. No hablemos ni pensemos más en ello—dijo Bernereta.—Cuando quieras algo de mí hazme señas desde tu ventana; y de lo demás no te preocupes, que nada debe importarte.

Por espacio de seis semanas próximamente, Federico apenas trabajó nada. Su tesis ya comenzada, dormía tranquila en la mesa; sólo añadía una línea de cuando en cuando. Sabía que si el deseo de divertirse le atrapaba, no tenía más que abrir la ventana; Bernereta estaba siempre presta, y cuando él la preguntaba cómo hacía para gozar de tanta libertad, ella contestaba siempre que á él no le importaba un

ardite. En el cajón de su mesa tenía el joven algunos ahorrillos, que gastó antes de lo que quiso, y al cabo de quince días se vió obligado á recurrir á un amigo para poder cenar con su amada.

Por lo que toca á este amigo, que se llamaba Gerardo, conoció el género de vida de Federico: «Ten mucho cuidado—le dijo,—que estás enamorado. Tu griseta nada tiene y tú tampoco tienes gran cosa; en tu pellejo recelaría mucho de una comedianta provinciana: estas pasiones llevan más allá de lo que se piensa.»

Federico, contestó riendo que no se trataba de una pasión, sino de un entretenimiento pasajero, y refirió á Gerardo cómo las relaciones habían comenzado de ventana á ventana. «Es una muchacha que sólo piensa en reír—dijo á su amigo;—nada menos peligroso que ella y nada tampoco menos serio que las relaciones que nos unen.

Con estos argumentos Gerardo se dió por vencido, invitando á Federico al trabajo. Este aseguró que su tesis iba pronto á tener feliz remate, y con objeto de no mentir púsose á trabajar algunas horas, pero aquella misma noche Bernereta le esperaba. Fueron juntos á la *Cabaña* y el trabajo quedó pendiente para otro día.

La *Cabaña* es el Tivoli del barrio latino, el punto donde se dan cita estudiantes y grisetas. Aunque dista mucho de ser el cenáculo de la

buena sociedad, es un recinto de placer: allí se bebe cerveza y se baila; una alegría franca y á veces un poco ruidosa anima á los congregados. Los elegantes llevan gorros redondos y los *fashionables* americanas de terciopelo; se fuma y chocan los vasos y se ama al aire libre. Si la policía prohibiese la entrada en este jardín á las criaturas que cataloga, acaso fuese éste el único lugar de París en que se encontrara aquella vida privada de los estudiantes, tan libre y tan alegre, cuyas tradiciones van perdiéndose de día en día.

Federico, en su calidad de provincial, no se quejaba de las gentes que allí entraban; Bernereta, que no apetecía sino divertirse, no se las hublera mostrado. Es necesaria alguna frecuentación del mundo para conocer dónde lógicamente puede uno divertirse. Nuestra feliz pareja no razonaba sus placeres; cuando había bailado toda la noche, se recogía cansada y contenta. Federico era tan novicio que sus primeras locuras juveniles le parecían la propia dicha. Cuando Bernereta, apoyada en su brazo, saltaba al andar por el Boulevard Nuevo, no concebía nada mejor que vivir así, un día y otro. Preguntábanse de cuando en cuando cómo andaban sus asuntos respectivos, pero ninguno de los dos respondía categóricamente sobre este particular. El cuartito amueblado, que estaba cerca del Luxemburgo, pagado por dos me-

ses, esto era lo importante. Alguna vez, al llegar allí, Bernereta llevaba bajo el brazo un pastel envuelto en papel y Federico una botella de vino bueno: sentábanse á la mesa; la joven cantaba á los postres algunas canciones de las piezas que había representado, y cuando había olvidado la letra, el estudiante improvisaba, para reemplazarla, algunos versos en loor de su amiga; cuando no daba con la rima un beso, la substituía. Así pasaban la noche mano á mano, sin advertir el tiempo que perdían.

—No haces nada—decía Gerardo—y tu entretenimiento pasajero durará más tiempo que una pasión. Mucho cuidado, tú gastas dinero y descuidas los medios de ganarlo que tienes á tu alcance.

—Tranquilízate—respondía Federico;—mi tesis adelanta y Bernereta va á entrar de aprendiz en una camisería. Déjame gozar en calma un momento de felicidad, y no te inquietes del porvenir.

Mientras tanto se acercaba la época en que había que imprimir la tesis. La acabó apresuradamente, y no por ello valló menos. Federico fué recibido abogado y envió á Besançon algunos ejemplares de su trabajo acompañados de su diploma. Su padre respondió á tan dichosa nueva con el envío de una cantidad mucho más importante que la necesaria para pagar los gastos de regreso al pueblo. Así, pues, su alegría

Federico y Bernereta

Alfredo de Musset.



paternal favoreció sin querer los placeres amorosos. Federico pudo devolver á su amigo el dinero que le había prestado, y convencerle al paso de la inutilidad de sus amonestaciones. Quiso también hacer un obsequio á Bernereta, pero ésta lo rechazó.

—Obséquieme con una cena—le dijo—lo que yo quiero de ti es tú mismo.

Con un carácter tan alegre como el de esta muchacha, fácil era advertir cuando las asaltaba algún pesar. Federico la vió un día triste y la preguntó la causa, y después de algunas indecisiones sacó una carta del bolsillo.

—Es un anónimo—dijo;—lo recibí ayer el joven q que vive conmigo, y me lo ha dado diciéndome que no 'preste ningún crédito á las acusaciones sin firma.

—¿Quién lo ha escrito? Lo ignoro. La ortografía es tan mala como el estilo, mas no por ello es para mí menos peligroso: se me denuncia como una mujer perdida y hasta le señalan el día y la hora de nuestras últimas entrevistas. Menester es que sea alguno de la casa, una portera ó una sirvienta; no sé qué hacer ni de qué modo preservarme del peligro que me amenaza.

—¿Qué peligro?—preguntó Federico.

—Yo creo — dijo riendo Bernereta—que en ello me va la vida. Tendré que habérmelas con un hombre de carácter violento, y si supiera que yo le engaño, capaz sería de matarme.

En vano Federico leyó de nuevo la carta y la examinó de cien maneras; no pudo reconocer la escritura. Volvió á su casa muy desasosegado y resolvió no ver á Bernereta en unos cuantos días; pero al instante recibió estas líneas de la muchacha:

«Lo sabe todo; ignoro quién habló, pero creo que ha sido la portera. El irá á verte; pues quiere batirse. No tengo alientos para escribir más; estoy más muerta que viva.»

Federico pasó todo el día en su cuarto. Aguardaba la visita de su rival, ó al menos una provocación; pero se sorprendió al ver que no llegó ni lo uno ni lo otro. Al día siguiente, y los ocho que le siguieron, igual silencio. Por fin supo que el señor de N*** amante de Bernereta, había tenido con ella un altercado, el cual había dado motivo á que la joven abandonara la casa y se refugiara en la de su madre. Habiendo quedado solo y desolado con la pérdida de una querida á quien amaba con frenesí, el joven salió de su casa una mañana y no había vuelto á parecer. Al cabo de cuatro días, como no se le había vuelto á ver, abrieron la puerta de su cuarto y entonces vieron que había dejado en la mesa una carta en que anunciaba su fatal designio. Una semana después se encontraron en el bosque de Mendou los restos de este infortunado.

III

La impresión que experimentó Federico ante la nueva de este suicidio, fué muy intensa. Aun cuando no conocía á aquel joven, ni jamás le hubiera dirigido la palabra, sabía su nombre, que pertenecía á una familia ilustre. Vió llegar á los padres y á los hermanos enlutados, y tuvo noticia de las tristísimas circunstancias y de las pesquisas que hubieron de hacerse para el hallazgo del cadáver. La justicia selló las puertas del cuarto, y á poco los tapiceros se llevaron los muebles; la ventana donde Bernereta trabajaba quedó abierta, dejando ver sólo las paredes desnudas de la habitación desalquilada.

Cuando un hombre no es culpable, ningún remordimiento experimenta: Federico nada grave tenía que echarse en cara, puesto que á nadie había engañado, y ni conocía siquiera cuál fuese el estado de las relaciones entre la griseta y su amante. Pero sentíase penetrado de horror al reconocer que había sido causa involuntaria de una fatalidad tan cruel. — ¿Por qué no vino á buscarme? — se decía; — ¿por qué no volvió contra mí el arma que acabó con su vida? Ignoro lo que yo hubiera hecho y lo que habría pasado, pero mi corazón me dice que no habría acontecido tanta desdicha. ¿Por qué no había yo de haber sabido que la amaba tanto? ¿Por qué no

fui testigo de su dolor? ¡Quién sabe! Acaso yo me hubiera alejado; acaso le hubiese convencido, curado, llevado al buen camino con palabras sinceras y amistosas. De todos modos viviría aún y hubiese preferido que me rompiera el brazo mejor que pensar que al matarse haya podido proferir mi nombre.

En medio de estas reflexiones tristesimas recibió una carta de Bernereta, que estaba enferma en cama. En la última escena que ella tuvo con el Sr. N***, éste la pegó haciéndola caer en tierra. Salió Federico con idea de visitarla, mas le faltó valor para ello. Seguir con ella le pareció horrible, algo así como un asesinato. Por fin se decidió á partir, y luego de haber puesto en orden sus asuntos envió á la pobre muchacha aquello de que buenamente pudo disponer, prometiéndola no abandonarla si la miseria la asaltaba; enseguida regresó á Besançon.

Su llegada fué, como puede suponerse, un día de júbilo para su familia. Todos le felicitaron por su flamante título y todos le pidieron pormenores acerca de su estancia en París; su padre le acompañó con orgullo á las casas de las personas más notorias de la ciudad, y pronto le anunciaron un proyecto ideado durante su ausencia: se había pensado en casarle, y le proporcionaron la mano de un persona joven y linda, cuya fortuna era aceptable y honrosa. No rechazó ni aceptó; llevaba en el alma una

tristeza que nada podía mitigar. Se dejó guiar por donde quisieron llevarle; contestó lo mejor que supo á cuantos le interrogaban, y hasta puso lo que pudo de su parte por hacer la corte á su prometida; pero sin alegría, y casi á pesar suyo, iba cumpliendo todos estos deberes; y no es que Bernereta le fuese tan cara que le hiciese renunciar á un matrimonio ventajoso, sino que las últimas circunstancias habían ejercido tan honda influencia en su espíritu [que no podía calmarse tan pronto. En un corazón perturbado por el recuerdo, no queda lugar para la esperanza; estos dos sentimientos, con su viveza extrema, se excluyen el uno al otro: sólo al debilitarse se concilian y dulcifican, acabando por llamarse mutuamente.

La joven de que se trataba tenía un carácter muy melancólico, y Federico no la inspiraba aversión ni simpatía; por una obediencia, como él, se prestaba á secundar los proyectos de sus padres. Gracias á la facilidad que para hablar juntos tenían ambos, se dieron cuenta cabal del estado de sus almas. Advirtieron que el amor no llegaba y que sólo amistad había entre ellos. Un día en que las dos familias reunidas celebraron una gira campestre, Federico volvió del brazo de su futura. Ella le preguntó si no había dejado en París algún amor y él le contó su historia, que la joven encontró graciosa al principio, por tratarse de una bagatela. Federico

habló de su aventura cual de una locura sin importancia, pero el final de la relación pareció muy serio á la señorita Darcy (este era el nombre de la joven). ¡Gran Dios!—exclamó,—la historia es cruentísima. Comprendo lo que en vos ha pasado y por ello más os estimo. Pero de nada sois culpable; dad tiempo al tiempo. Vuestros padres tienen acaso tanta prisa como los míos en concluir el matrimonio que se les metió en la cabeza; confiad en mí. Os ahorraré el fastidio cuanto pueda, y de todos modos el dolor de una negativa.

Con estas palabras separáronse. Federico sospechó que la señorita Darcy le reservaba también una confidencia, y no se equivocó. Quería la niña á un oficial joven, desprovisto de fortuna, que solicitó su mano, y que fué rechazado por la familia; dió á su vez prueba de franqueza y Federico la juró que por ello no había de arrepentirse; pactaron el convenio de resistir á sus padres haciendo ver que se sometían á su voluntad. Se les veía juntos constantemente, bailando juntos en el baile, hablando en las reuniones, andando separados en el paseo; pero después de haberse conducido todo el día como dos enamorados, se estrechaban las manos al separarse y se repetían todas las noches que nunca llegarían á ser esposos.

Semejantes situaciones son muy peligrosas: tienen un encanto que arrastra, y el corazón se

entrega á ellas confiadamente; pero el amor es una divinidad celosa que se irrita tan luego como deja de temérsela, y alguna vez se amatan sólo porque se prometió no amar. Al cabo de algún tiempo Federico recobró la alegría perdida: se decía que al fin y al cabo él no tenía la culpa si una intriga leve había tenido fatal desenlace, que cualquier otro en su lugar habría obrado como él, y que había que olvidar lo que tenía imposible arreglo. Comenzó el joven á gozarse en ver á diario á la señorita Darcy, quien le pareció más linda que en sus primeras entrevistas. Más no por ello cambió de proceder, aunque poco á poco fué poniendo en sus discursos y protestas de amistad un entusiasmo y un calor que no dejaban lugar á dudas. También la joven iba en este punto sabiendo á qué atenerse; el instinto femenino la advirtió pronto de lo que pasaba en el corazón del joven, y se sintió halagada y hasta enternecida; pero sea porque fuera más constante que él ó porque no quisiera volverse atrás en lo que había convenido, tomó la determinación de romper con él, arrancándole á cuajo toda esperanza. Para cumplir este designio era preciso aguardar á que el joven se explicara claramente, y la ocasión se presentó muy luego.

Una tarde en que Federico se había mostrado con mayor alegría de la ordinaria, la señorita Darcy, mientras tomaban el té, fué á sentarse

en un cuarto apartado. Una cierta inclinación romancesca, frecuentemente natural en las mujeres, procuraba aquel día á su mirada y á su palabra indefinible atractivo. Sin que se diera cuenta de lo que experimentaba, sintióse con la facultad de ocasionar una impresión violenta y cedió á la tentación de servirse de su poder, aun cuando para ello tuviera que sufrir algún tanto. Federico, que la vió salir, la siguió, acercóse á ella, y después de algunas palabras sobre la tristeza que en ella advertía:

—Señorita—la dijo,—¿créis que se acerque el día en que yo declare mi pasión de una manera positiva? ¿Por ventura habéis encontrado algún medio que me liberte de esa necesidad apremiante? Vengo á consultaros sobre este punto. Mi padre me pregunta constantemente y ya no sé qué decirle. ¿Qué puedo yo objetar contra esta unión, y cómo decir que no la quiero á usted? Si yo simulo encontraros poco bonita, cuerdo ó discreto, nadie se resignará á creerme. Precisa, pues, que diga que quiero á otra, y cuanto más tardemos más mentiré diciéndolo. ¿Cómo podría ocurrir otra cosa? ¿Acaso puedo yo impunemente veros todos los momentos? ¿Cómo es posible que ante vos no se borre la imagen de una persona ausente? Decidme lo que tengo que contestar y lo que pensáis vos misma. ¿Han cambiado vuestros designios? ¿Dejaréis que vuestra juventud fenezca en la soledad? ¿Per-

manecéis fiel á un recuerdo, el cual haya de bastaros? Si juzgo por mí, confieso que no puedo creerlo, pues reconozco que equivale á engañarse, ponerse enfrente al propio corazón y contra el común destino, que quiere que se olvide y que se ame. Si me lo ordenáis sostendré la palabra empeñada, pero no puedo ocultaros que esta obediencia será para mí muy cruel. Sabed, pues, que ahora sólo de vos depende nuestro porvenir, estoy pendiente de vuestros labios.

—No me sorprende lo que me decís—contestó la señorita Darcy,—así hablan todos los hombres. Para ellos todo lo abarca el momento presente y sacrifican su vida al deseo de echar un piropo. Las mujeres tienen también tentaciones de este género, con la sola diferencia de que saben resistir á ellas. Hice mal en fiarme de vos y es muy justo que lleve el castigo que merezco, pero aun cuando mi negativa hubiera de molestaros y de acarrearos vuestro resentimiento, voy á participaros una cosa, cuya veracidad experimentaría andando el tiempo: no se ama más que una sola vez en la vida, cuando se es capaz de amar. Los inconstantes no aman juegan con el corazón. Cuentan que para el matrimonio la amistad sola es bastante, lo cual es posible en ciertos casos, pero, ¿cómo ha de serlo para nosotros puesto que ya sabéis que yo tengo otro amor? Suponiendo que hoy abusé

de mi confianza para determinarme á que nos casemos, ¿qué haríais de este secreto cuando yo fuese vuestra esposa? ¿No bastaría por sí solo para hacer nuestra dicha imposible? Me resigno á creer que vuestros amores parisinos sólo fueron locura propia de un joven. ¿Pensáis acaso que me procuraron ideas ventajosas de vuestro corazón y que me sea indiferente ver un carácter tan frívolo? Creedme, Federico—añadió tomando la mano al joven, vos amaréis un día, cuando este día sea llegado, si os acordáis de mí, acaso tengáis alguna estima por la que se atrevió á hablaros como os habló. Entonces sabréis lo que es el amor.

Y al proferir estas palabras se levantó y salió. Había visto la turbación de Federico y el efecto que su discurso le produjo, dejándole lleno de tristeza. El pobre muchacho era demasiado inexperto para suponer que en una declaración tan formal pudiera haber la menor coquetería. Ignoraba los móviles extraños que á veces gobiernan los actos de las mujeres y no sabía que la que realmente quiere decir que no, se limita á decirlo, y que la que se explica es porque quiere que la convenzan.

De todos modos esta conversación produjo en él un efecto desastroso. En vez de buscar los recursos para convencer á la señorita Darcy, evitó hablar con ella á solas algunos días. Demasiado altiva para arrepentirse, ella dejó que

se alejara en silencio. Buscó á su padre y le habló de la necesidad de hacer una transacción. Cuanto al matrimonio, la señorita Darcy fué quien se encargó de hablar en primer término; no se atrevió á oponerse resueltamente, temiendo incurrir en las iras de su familia, pero solicitó tiempo para reflexionar y consiguió que la dejaran en sosiego.

Durante un año, Federico dispuso su regreso á París; acrecentaron un poco su pensión y abandonó el pueblo con mayor tristeza que al encontrarlo. El recuerdo de su última entrevista con la señorita Darcy le perseguía como un presagio funesto, y mientras la diligencia le llevaba lejos de su país, se decía para su capote: «Ya sabréis lo que es el amor.»

IV

Esta vez no se alojó en el barrio latino; tenía que hacer en el Palacio de Justicia y alquiló una habitación cerca del muelle de las Flores. Apenas había llegado cuando recibió la visita de su amigo Gerardo. Este, durante la ausencia de Federico, heredó cuantiosos intereses. La muerte de un tío suyo le enriqueció: tenía un piso en la Calzada de Antín, un carruaje y caballos; además sostenía á una linda señorita; visitaba á muchas jóvenes, se jugaba en su casa todo el día y alguna vez toda la noche; recorría